Anuario de Arqueología, Rosario (2013), 5:31-50 ISSN 1852-8554

¿DEMASIADOS PAISAJES?: MÚLTIPLES TEORÍAS O MÚLTIPLES SUBJETIVIDADES EN LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE

Félix A. Acuto [1]

Resumen
Paisaje es uno de los conceptos más populares de la arqueología de los últimos 15 años y esta popularidad ha llevado a múltiples entendimientos del paisaje y múltiples formas de abordar y generar conocimiento sobre los paisajes pasados, muchas de ellas contradictorias entre sí. Sin embargo, no todos los estudios espaciales pueden ser considerados arqueología del paisaje. El concepto de paisaje difiere de, por ejemplo, los estudios de patrón de asentamiento o la idea de uso del espacio. La arqueología del paisaje nació como una propuesta teórico-epistemológica específica contrapuesta a las perspectivas formales, cartesianas y funcionalistas sobre espacio, por lo que no deberíamos denominar arqueología del paisaje a estas maneras de abordar las espacialidades pasadas. En este trabajo reclamo reenfocar la arqueología del paisaje para volver a articularla con la genealogía teórica que le dio origen. Sumado a esto, propongo repensar la manera en que generamos conocimiento e interpretaciones sobre los paisajes abordando su estudio desde tres subjetividades: la de quienes lo construyeron y lo vivieron en el pasado, la de nosotros, los arqueólogos, en el contexto del campo, y la de los pobladores actuales y el conocimiento práctico que les da el habitar en las regiones que buscamos estudiar.
Palabras clave: arqueología del paisaje, genealogía teórica, epistemología, subjetividades

Abstract
Landscape has become one of the most popular concepts in archaeology in the last 15 years. This popularity has produced multiple understandings of landscape and multiple ways to explore and to produce knowledge about past landscapes, many of which contradict each other. Nevertheless, not all spatial studies should be considered landscape archaeology. Landscape, as a concept, differs from, for instance, settlement pattern approaches or the idea of use of space. Landscape archaeology was born as a specific theoretical-epistemological approach opposed to formal, Cartesian, and functionalist perspectives on space and, therefore, we should not include within landscape archaeology those other ways of exploring past spatialities. In this paper I claim that we need to refocus landscape archaeology in order to rearticulate it with the theoretical genealogy that originated it. In addition, I suggest that we should rethink the way we generate knowledge and interpretations about landscapes by studying them from the point of view of three different subjectivities: that of those who built and inhabited them, our own subjectivity when we are in the field, and the subjectivity of contemporary local inhabitants and the practical knowledge they have as dweller of the regions that we seek to study.
Keywords: landscape archaeology, theoretical genealogy, epistemology, subjectivity

Introducción

Posiblemente paisaje sea uno de los conceptos más empleados en la arqueología de los últimos 15 años, tanto en la arqueología mundial, en la arqueología latinoameri-

[1] IMHICIHU-CONICET y Universidad Nacional de La Matanza. facuto@gmail.com

cana, como también en la arqueología argentina. Tan sólo con revisar sistemáticamente los títulos de los simposios y las ponencias de los principales congresos de la disciplina, o revisar los títulos de los artículos publicados en las principales revistas de arqueología, podemos comprobar la centralidad que ha adquirido en los últimos años el paisaje en la manera como los arqueólogos se aproximan e interpretan el pasado. Pero como todo concepto teórico que logra una popularidad vertiginosa en el campo académico, paisaje ha adquirido una multiplicidad de significados y maneras de entenderlo y abordarlo, desarrollándose bajo la rúbrica "arqueología del paisaje" aproximaciones teórica y epistemológicamente contradictorias entre sí. Si bien esto podría llevar a que paisaje pierda eficacia como concepto explicativo, la vida social en el pasado nunca podrá ser entendida si no se tiene en cuenta la matriz espacial que conforma y que le da forma (como tampoco podría ser entendida si renunciamos a abordar la historicidad de los procesos sociales pasados).

Paisaje ha venido a remplazar otras maneras de abordar las espacialidades pasadas, tal como las perspectivas teóricas e interpretaciones que se desarrollaron a partir de ideas como uso del espacio, ocupación del espacio, análisis espacial o patrón de asentamiento. Esto no parece, sin embargo, ser reconocido en varios trabajos, los cuales parecen haber adoptado un cambio de nomenclatura más que un cambio teórico. El concepto de paisaje en arqueología surge en contraposición de aquellas perspectivas que abordaron el espacio en términos cartesianos, funcionales y despojado de sentidos, emociones, conflictos e inclusive de personas; por lo tanto, cuando hablamos de paisaje, y si tenemos en cuenta la trayectoria teórica con la cual está conectado este concepto, estamos haciendo referencia a un espacio subjetivo (experimentado por personas), socialmente producido, cargado de significados y articulado dialécticamente con prácticas y relaciones sociales. Teniendo en cuenta esto, ciertos conceptos no pueden ser usados intercambiablemente como si fueran lo mismo ya que vienen de tradiciones teórico-epistemológicas distintas y opuestas. Por ejemplo, decir paisaje no es lo mismo que decir uso del espacio ya que mientras que la perspectiva del paisaje explora el proceso de producción social del espacio (en el cual siempre está involucrada la lucha por el poder, la contradicción y el conflicto), el uso del espacio implica una aproximación funcional al espacio y una búsqueda por clasificar a las distintas formas espaciales (especialmente lugares o edificios) a través de tipologías funcionales (por ejemplo: campamento base, enclave de producción, sitio defensivo, sitio de aprovisionamiento, espacio público, espacio doméstico, etc.). Tampoco podemos equiparar patrón de asentamiento con paisaje. Mientras que los estudios de patrón de asentamiento aspiran a determinar los modos de ocupación del terreno con una aproximación al (y representación del) espacio externa, a "vuelo de pájaro" y mayor a la escala humana, la perspectiva del paisaje es situada y se interesa por las personas construyendo, habitando y semantizando ese espacio.

Paisaje no es todo ni cualquier cosa. Dentro de la teoría social en general, y de la Geografía Social y la Geografía Humana en particular, paisaje tiene una historia y un diálogo con otras maneras de abordar el estudio del espacio, por lo cual el modo en que se entiende y aplica este concepto debería estar en sintonía con estas discusiones. En este trabajo intento poner al paisaje en foco. Se parte de una breve historización del concepto paisaje, destacándose su centralidad en el entendimiento sociológico e histórico de la dinámica social, para luego abogar por una perspectiva subjetiva y situada del mismo y una epistemología que incorpore reflexivamente en la producción del conocimiento sobre el pasado la propia subjetividad del investigador en el paisaje, así como la de gente que habita en la actualidad en él.

El concepto de paisaje

Para poder poner en foco el concepto de paisaje, y poder diferenciarlo de otras maneras de concebir y abordar al espacio, es importante conocer el origen de este concepto y los diálogos y discusiones establecidas entre diferentes aproximaciones teórico-epistemológicas al espacio. Para realizar esto, no sólo debemos examinar la arqueología del paisaje que comienza a construirse con fuerza a partir de la década de 1990 dentro de las corrientes materialistas e interpretativas en arqueología (por ejemplo: Bender 1993; McGuire 1991; Mrozowski 1991; Thomas 1993, 1996; Tilley 1993, 1994), sino también debemos conocer la discusiones que han tenido lugar dentro de las disciplinas que se han encargado de estudiar al espacio, tal como la Geografía, la Arquitectura y los Estudios Urbanos, de cuyas teorías la arqueología del paisaje se ha nutrido, así como también aquellas que se han dado en la teoría social, de cuyas fuentes se han nutrido, a su vez, las perspectivas humanísticas y sociales en Geografía, Arquitectura y Estudios Urbanos.

El primer punto que hay que resaltar es que cuando hablamos de paisaje estamos haciendo referencia a un espacio socialmente producido, habitado y significado y no a un simple contenedor de la acción humana donde las personas encuentran una serie de recursos a su disposición, tal como lo han concebido las perspectivas funcionalistas y utilitaristas en arqueología. Tampoco se trata de un mero espacio geométrico donde el principal problema es la distancia y la fricción, sino que es un espacio productor de la vida social. Sumado a esto, por estar habitado el paisaje se aborda metodológicamente desde la escala humana, teniéndose en cuenta las prácticas que las personas desarrollan, las relaciones sociales que entablan y las experiencias que viven en estos espacios significados, así como la influencia que la espacialidad tiene sobre todos estos aspectos. En este sentido, la perspectiva del paisaje implica un cambio epistemológico ya que la producción de conocimiento sobre el espacio y los procesos sociales que ocurren en un determinado territorio no se hace estudiando al mundo desde una posición de observador externo y supuestamente privilegiado, y representando los procesos sociales y políticos como puntos en un plano (tal como ha sucedido con los análisis de lugar central, rango-tamaño, vecino más cercano y otros por el estilo que proponían las arqueologías procesuales), sino que se realiza desde la perspectiva de los sujetos, sus acciones, experiencias e interacciones.

¿Cuáles son los antecedentes de esta manera de entender al espacio que dieron lugar a la arqueología del paisaje? Para responder esto debemos mirar a la Geografía. Se podría decir que existen tres perspectivas sobre el paisaje, que no son mutuamente excluyentes sino totalmente complementarias. La primera de éstas es la que se centra en la idea de paisaje como producción social; línea influenciada por el pensamiento marxista y la economía política. El antecedente más importante de esta perspectiva es la obra de Henri Lefebvre (1974) titulada La producción del espacio. Como su título lo indica, Lefebvre no considera al espacio ni como una simple fuente de recursos que las personas utilizan racionalmente para alcanzar fines determinados, ni como una totalidad funcionalmente articulada. El espacio es, por el contrario, el escenario en donde se desarrolla la vida social, el cual es construido a partir de acciones y relaciones sociales concretas. No es algo dado y previo a la acción humana, un mero contenedor físico, sino que está socialmente producido y, como todo proceso de producción, la producción del espacio social involucra disputas políticas entre grupos, luchas de poder, conflicto y contradicción. Estas disputas suelen estar centradas en la imposición de formas espaciales materiales

y significados que favorezcan la reproducción de ciertas prácticas, interacciones e ideologías por sobre otras, y que den más lugar y mejores condiciones a la reproducción social de un grupo por sobre otros.

La obra de Lefebvre, a través de sus tres trialécticas (que son retomadas y repensadas una década más tarde por el geógrafo norteamericano Edward Soja), pone en valor al espacio como dimensión activa y central (y hasta ese momento dejada de lado y desestimada por la mayoría de las ciencias sociales) en la constitución del orden social y de los sujetos (véase también Soja 1985, 1989, 1996). La primer trialéctica que podemos mencionar es la denominada ontológica o del ser. Estar en el mundo es existencialmente definible como ser simultáneamente histórico, social y espacial. Somos siempre seres históricos-sociales-espaciales activamente participando (individual y colectivamente) en la construcción/producción de historias, geografías y sociedades. Espacialidad, historicidad y socialidad (espacio, tiempo y ser en el mundo) dan forma a la subjetividad. Es importante destacar que si bien en el ámbito de las ciencias sociales y humanidades se solía considerar sólo los dos primeros aspectos, es la Geografía Social principalmente la que comienza a abogar por la inclusión de la espacialidad como aspecto central de la constitución del ser.

La segunda trialéctica de Lefebvre es denominada trialéctica del espacio. Mientras que por mucho tiempo el espacio fue visto en términos duales: espacio físico (objetivo) y espacio mental de la cognición y la representación (subjetivo), se sumó a estos dos espacios el espacio social o espacialidad para formar una triada. Pero más importante aún es que se empezó a argumentar que el espacio social se termina apropiando de los otros dos siendo, como el Aleph de Borges (Soja 1989:2), el espacio en donde se conjugan todos los otros espacios. Mientras que el espacio físico es siempre absorbido por el espacio social por estar socializado e intervenido material y simbólicamente, el espacio cognitivo no es nunca un espacio individual sino que está producido por la inserción de los sujetos en un orden social que los abarca.

Por último, Lefebvre propone una triada dialécticamente constituida, o tres momentos del espacio social. Según él, las espacialidades están compuestas por: 1) prácticas espaciales, 2) representaciones del espacio (espacio concebido o conceptualizado) y 3) espacio de representación (espacio vivido o tercer espacio). Cada campo de la espacialidad (físico, mental y social) debe ser visto simultáneamente como real e imaginado, concreto y abstracto, material y metafórico. Esto demuestra la escala subjetiva con que se aborda la espacialidad, cuyos componentes son las acciones que la gente desarrolla en los paisajes y lugares, los significados que las personas construyen e inscriben en las formas espaciales y las experiencias que viven en dichos paisajes y lugares.

La perspectiva materialista sobre el espacio social se ha constituido en una línea teórica fuertemente desarrollada en la Geografía Social y la Geografía Humana (por ejemplo Agnew 1999; Agnew y Duncan 1989; Allen 1999; Barnes y Gregory 1997; Daniels 1989; Dear 1997; Entrikin 1991; Gregory 1994; Greogory y Urry 1985; Harvey 1998; Hayden 1997; King 1984, 1987; Lash y Urry 1994; Peet y Thrift 1989; Rose 1997; Soja 1985, 1989, 1996; Zukin 1991). Para esta perspectiva, la espacialidad es un producto social y una parte integral de la constitución material y la estructuración de la vida social. El punto central de las interpretaciones materialistas de la espacialidad es que la vida social está materialmente constituida en su espacialidad. La espacialidad y la temporalidad, como productos sociales, son centrales en la construcción de todas las interacciones sociales y, por lo tanto, deben ser centrales en la teoría social. Se reclama, entonces, que

no se puede entender la vida social si no se tiene en cuenta su dimensión espacial.

Este entendimiento del espacio social critica fuertemente a aquellos que presentan al espacio como un simple reflejo del orden social o como el contenedor de la vida social. La espacialidad es la manifestación real de las relaciones sociales más que su reflejo incidental. Es en el espacio social donde tiene lugar la reproducción de la sociedad y donde se actúa sobre ésta para transformarla, por lo que es posible también desarrollar una praxis espacial (véase por ejemplo Harvey 2000; Shields 1997).

La trialéctica del ser (espacio-tiempo-socialidad) y la incorporación del tercer espacio al análisis espacial produjo un cambio ontológico y, por tanto, un cambio en la manera de obtener conocimiento sobre el mundo. Como argumenta Soja (1985), esta restructuración ontológica recentró la formación de conocimiento; primero, en torno a la largamente sumergida y subordinada espacialidad del ser existencial y en formación y, segundo, en la espacialización de la historicidad y socialidad en la construcción teórica, el análisis empírico, el análisis crítico y las prácticas sociales.

Las otras dos líneas de pensamiento más significativas en la teoría espacial, que sólo mencionaré brevemente en esta sección para desarrollar con más detalle más adelante, han girado en torno a la semiótica y a la fenomenología.

Las aproximaciones semióticas al espacio han sido muy importantes y de larga data (por ejemplo Cosgrove 1984, 1997, 2006; Cosgrove y Daniels 1988; Duncan y Duncan 1988; Gottdiener 1995; Potteiger y Purinton 1998; Rodman 1992). En este caso, el interés ha estado puesto en los significados presentes en las espacialidades, en la naturaleza de estos significados y en la manera como las personas o grupos construyen y disputan múltiples significados. Como es bien sabido, la perspectiva semiótica fue una influencia central en los albores de la arqueología postprocesual. En esta época, muchos trabajos sobre paisajes arqueológicos estuvieron fuertemente orientados a examinar e interpretar los significados insertos en las espacialidades pasadas. Este es el caso del ya clásico trabajo de Ian Hodder (1984) sobre la articulación de sentidos entre las casas y las tumbas del Neolítico, y del también clásico estudio de Mark Leone (1984) sobre el jardín de Paca y la imposición y materialización en este lugar de sentidos emitidos desde una ideología dominante. La perspectiva semiótica también ha influenciado fuertemente el trabajo de Criado Boado (1991), pionero de los estudios del paisaje en arqueología en español.

Los acercamientos subjetivos al espacio en Geografía, Arquitectura y Estudios Urbanos tienen relevantes antecedentes. Se debe mencionar primero las obras fundacionales de la fenomenología en geografía de Edward Relph (1976) y Yi-Fu Tuan (1974, 1977), ambos comprometidos con el entendimiento teórico del mundo vivido, la manera en que se crean los lugares y se les dan sentidos y las experiencias sensoriales subjetivas que en ellos desarrollan las personas. Un marcado énfasis en la corporalidad de las personas en el espacio lo ha tenido la proxemia (Hall 1956, 1966, 2003), interesada en la interacción, la comunicación no-verbal y el espacio personal; esa suerte de burbuja que rodea a los individuos y que marca la distancia entre éstos en los distintos tipos de contextos de interacción.

El interés por la experiencia y acción subjetiva en el espacio se ha plasmado en una serie de interesantes trabajos, tal como Feld y Basso (1996), Ingold (2000), Rose (1995, 1999), Thrift (1996) y los trabajos en el volumen editado por Seamon y Mugeraver (1985). A partir de la década de 1990, la arqueología del paisaje se vio también fuertemente influenciada por la fenomenología produciendo trabajos muy significativos para

la disciplina, como los de Julian Thomas (1993, 1996), Christopher Tilley (1993, 1994, 2008), y Tim Ingold (1993), entre otros.

Si nos remitimos a la filosofía y a la teoría social, existe un número de obras y autores que han reconocido la importancia del espacio en la dinámica social y en la constitución de la subjetividad y la experiencia, y que han sido fuente de inspiración para los trabajos y pensadores arriba mencionados.

En primer lugar, hay que señalar la gran influencia que la obra de Heiddeger (1951) y Merleau Ponty (1975) han tenido sobre las aproximaciones fenomenológicas al espacio. Por su parte, los principales referentes de las teorías de la acción social y de la práctica han sido conscientes del rol clave que las formas espaciales tienen en la producción y reproducción de prácticas y relaciones sociales, y de un orden social determinado. Esto está demostrado, por ejemplo, en el análisis de la casa Berber que realiza Bourdieu (1973) y en la obra de Giddens (1995). Este último ha sostenido enfáticamente la importancia que los escenarios de interacción tienen para la concreción de las interacciones y la sedimentación y rutinización de la vida social. La influencia de la obra de Giddens, y su reconsideración del espacio en la teoría sociológica ha sido reconocida por los mismos geógrafos sociales como fuentes de inspiración en la reconstitución de la teoría en Geografía (Moos y Dear 1986; Gregory 1989; Pred 1984; Soja 1985). Las prácticas espaciales han sido consideradas especialmente en La invención de lo cotidiano de Michel de Certeau (2000). Desde el marxismo y la economía política siempre hubo conciencia de la importancia que tiene el espacio en el proceso social. El paisaje y la experiencia urbana, la vivienda obrera y el espacio de la fábrica son aspectos que han sido discutidos, tanto por Marx como por otros pensadores marxistas (Harvey 1985, 1998; Thompson 1963, 1967), quienes han observado y analizado no sólo las condiciones de alienación y explotación creadas e impuestas al proletariado por la espacialidad del modo de producción capitalista, sino también las posibilidades que estas mismas espacialidades podían crear para la toma de conciencia de esta situación y para la revolución. Por último, no se puede dejar de mencionar la relevancia de la obra de Michel Foucault sobre el entendimiento contemporáneo acerca de la arquitectura y cómo ésta, en ciertos contextos históricos, ha actuado activamente como mecanismo de control, vigilancia y dominación (Foucault 1976, 2000).

Principales axiomas sobre el paisaje

La arqueología del paisaje que sigue la genealogía teórica arriba desarrollada debe tener siempre en cuenta cuatro axiomas fundamentales. En primer lugar, el espacio social en cualquiera de sus escales (paisaje, lugar o arquitectura) actúa activamente en la constitución y reproducción de la vida social. En otras palabras, las espacialidades, a través de su fisicalidad, habilitan y dan forma a determinadas relaciones sociales, prácticas y significados al mismo tiempo que clausuran, inhabilitan o ignoran otro tipo de interacciones, acciones y sentidos. Las espacialidades crean y fijan, al menos por un tiempo, cierto orden social; por lo tanto, también se puede actuar sobre las espacialidades para generar el cambio social. Esto no quiere decir, sin embargo, que espacialidad y vida social son esferas independientes pero articuladas ya que toda acción e interacción tiene lugar, indefectiblemente, en un espacio social y culturalmente modificado y significado. Por lo tanto, el escenario en donde se lleva a cabo una acción y donde se entablan ciertas interacciones es una parte constitutiva de dichas prácticas y relaciones. Espacia-

lidad y orden social conforman una unidad dialécticamente constituida y, debido a esto, cualquier modificación en una parte de la relación implicará la transformación de la otra (Ollman 1993). Tomemos por ejemplo un salón de clases, la organización espacial y el orden material que se da en este espacio privilegian la articulación entre docente y estudiantes, limitando la interacción entre los estudiantes (por ejemplo quien está sentado en la primer fila difícilmente pueda interactuar con quien está sentado diez filas más atrás). Además, esta espacialidad contribuye a crear una relación asimétrica, haciendo del profesor el foco de atención, quien además se puede mover libremente por el frente del aula y por los pasillos, mientras que los estudiantes encuentran sus movimientos constreñidos y sus cuerpos ordenados. Si este mismo espacio es materialmente transformado a través de la instalación de paneles que dividen pequeños cubículos, cada uno con un escritorio, silla y una computadora (tal como son organizadas muchos espacios de oficinas en la actualidad), la dinámica de enseñanza de un aula desaparecería, obstaculizándose aún más las relaciones entre los que allí se encuentran, y provocando en mayor medida su individualización y alienación. En lugar de propiciar la interacción, esta nueva espacialidad busca el aislamiento de los individuos y su focalización en el trabajo. Y si de este espacio se removiesen todos los muebles y subdivisiones, convirtiendo al mismo en un gran escenario para obras de teatro interactivas, las acciones y las relaciones sociales allí entabladas serían otra vez completamente distintas.

El segundo punto de importancia es que existe también una relación dialéctica entre espacialidad y formación socio-histórica. Por ejemplo, hay una espacialidad de la modernidad y del capitalismo que ha contribuido poderosamente con la conformación y reproducción de este orden social. Esta espacialidad ha creado una superposición de paisajes y experiencias espaciales que van desde paisajes de control y vigilancia (Caldeira 1999; Davis 1992; Foucault 1976; Rabinow 2003) a paisajes de exhibición (Edholm 1993; Mitchell 1989), de paisajes de producción (Zukin 1991) a paisajes de consumo (Ritzer 1993, 2002; Sorkin 1992), de paisajes de entretenimiento y ocio (Judd y Fainstein 1999) a paisajes de resistencia (Bender y Winer 2001; Pile y Keith 1997; Shields 1997), y desde la estetificación de la vida cotidiana (Featherstone 1991) a los no-lugares (Augé 2000). También existe una espacialidad propia del orden colonial de Occidente sobre Oriente que ha ayudado a establecer formas de dominación, control, ideologías y desigualdad social, favoreciendo la reproducción social y el predominio socio-político de los representantes de la metrópolis por sobre el Otro local (King 1979; Rabinow 1989; Thomas 1994; Wright 1997).

Cada sociedad, en un contexto histórico particular, crea (y es creada por) paisajes, lugares y edificios particulares. Tener en cuenta esto es muy importante para la arqueología del paisaje, ya que debemos evitar llevar el presente al pasado. ¿Qué quiere decir esto? Que no podemos esperar encontrar en el pasado los mismos paisajes, lugares y edificios que encontramos en la sociedad moderna occidental. En el pasado premoderno y no occidental no hay sistema de vigilancia de tipo panóptico como los descriptos por Foucault, el mundo no fue puesto como exhibición como discutió Benjamin (2005) y otros, y no había talleres con producción en línea como en la fábrica capitalismo Fordiana. Todas estas formas espaciales son producto de una trayectoria socio-histórica particular y producen relaciones sociales propias del orden social moderno y capitalista.

Tercero, las espacialidades están significativamente constituidas. Paisajes, lugares y arquitectura siempre están cargados de sentidos, narrativas, formas de clasificar y categorizar al mundo, memorias, historias e ideologías; ya sea individuales o grupales,

oficiales o subalternas, macro o microfísicas, dominantes, alternativas o contestatarias (Cosgrove y Daniels 1988; Gregory 1994; Massey 1994; Potteiger y Purinton 1998; Rose 1995, entre otros). Existen dos aspectos importantes para mencionar. Primero, la semantización del espacio es siempre un proceso y nunca un producto final y cerrado. Segundo, una misma espacialidad puede ser leída de distinta manera por distintas personas dependiendo de su posición dentro de la estructura social, su género, creencias, ideología e inclusive sus capacidades o discapacidades corporales. Si bien suele haber sentidos y narrativas espaciales más preponderantes que otras, siempre hay lugar para significados, memorias e ideologías alternativas que coexisten y disputan el proceso de semantización del espacio. Consecuentemente, un mismo lugar puede ser vivido de distinta manera por distintas personas y, por lo tanto, puede haber en un mismo espacio físico varios paisajes superpuestos (Acuto 1999a; Groth 1997; Rodman 1992). De todos modos, la variación de significados no es infinita y siempre existen sentidos hegemónicos, con mayor capacidad de producción, reproducción y difusión, que se imponen sobre significados, narrativas y memorias alternativas.

En un trabajo muy interesante, Denis Cosgrove (1984) examinó el origen de la idea de paisaje y sus distintas manifestaciones, desde pictóricas a cartográficas y desde teatrales a literarias. Señala que desde el Renacimiento, y siguiendo en la Revolución Industrial y con la modernidad, el mundo (natural y cultural) ha sido estudiado (o al menos se ha intentado estudiarlo) y representado desde un punto fijo de observación. El paisaje ha sido entendido, así, como una suerte de postal que se puede obtener si el observador se posiciona en el lugar adecuado; el lugar desde el cual pueda captar la totalidad de la escena. No sólo debemos decir, siguiendo los argumentos de Cosgrove, que el paisaje así representado no es neutral sino ideológico, ya que hay una elección sobre qué es lo que se representa y qué no, y sobre cómo representarlo, sino también hay que decir que nadie aprehende el paisaje como si fuese un espectador externo que lo contempla desde un punto de observación neutral y privilegiado, como si estuviera aislado y protegido en una torre de marfil. Las espacialidades se viven y aprehenden desde la escala humana; desde el punto de vista topológico y no desde el punto de vista cartográfico (Ingold 1997, 2000: capítulo 13). Siempre que hablamos de paisaje estamos haciendo mención a un espacio habitado, significado y vivido. Existe una cierta ilusión, creada por la modernidad y la perspectiva escolástica de la ciencia positivista (Bourdieu 1999), que produce la creencia que es posible analizar el mundo separándose de él y adquiriendo una posición de observación externa y objetiva. Esta ilusión ha sido alimentada por las espacialidades, materialidades y tecnologías de control, vigilancia, espectáculo y exhibición que comienzan a surgir en el siglo XIX, donde el mundo comienza a ser: a) objetivado y puesto a disposición de la observación analítica y racional del científico (Cosgrove 1984; Gregory 1994; Thomas 2001), b) ordenado, compartimentado y hecho visible para favorecer el ejercicio de control de fuerzas dominadoras en la sociedad (Foucault 1976, 2000), c) domesticado, ordenado, saneado y puesto a disposición de la curiosidad de Occidente (Mitchell 1989; Said 1993), y d) puesto en exposición para el placer burgués del paseante urbano (flâneur) (Benjamin 2005; Edholm 1993; Gottdiener 1995; Gregory 1994; Harvey 2008). Esta es la interacción y sensación que se ha buscado crear a través de, por ejemplo, las tecnologías panópticas, las vidrieras en las tiendas, las grandes ferias mundiales, los zoológicos, los museos, los lugares de turísticos, las shopping malls, y hoy en día la computadora e internet, donde un observador externo aprehende el mundo a través de representaciones de la realidad especialmente diseñadas o, directamente, a través de

simulacros de dicha realidad (Baudrillard 1994).

Debemos desnaturalizar esta ilusión de la modernidad y postmodernidad ya que el mundo siempre se experimenta a través de la inmersión corporal/cognitiva en espacios sociales cargados de significados. Las personas se constituyen como sujetos al ser/estar en el mundo; por lo tanto, éstas no observan y analizan sino que moran en el mundo. Incluso en los casos más extremos de observación pasiva, como por ejemplo en trabajos donde el empleado se pasa la mayor parte del día sentado frente a la pantalla de una computadora, sigue habiendo una experiencia corporal completa y un cuerpo moldeado por un orden material específico. Los seres humanos nos movemos en paisajes y lugares empleando nuestros sentidos, y la materialidad de este paisaje vivido, natural como cultural, entra en nuestros sistemas de disposiciones, categorizaciones y en nuestro mismo cuerpo; en sus técnicas corporales, en el desarrollo de sus percepciones y en su biología (ver ejemplos en Gell 1995; Warnier 2001). Como dice Ingold (1993:154): "and through living in it, the landscape becomes a part of us, just as we are a part of it". Cuerpo y mente adquieren forma a través de la inmersión (y de las prácticas y relaciones establecidas) en espacialidades y materialidades históricamente constituidas.

Especialmente en sociedades orales el mundo es conocido por el contacto físico más que a través de conocimiento discursivo o textual. Habitar en el mundo, estar embebido en materialidades y espacialidades específicas, produce conocimiento sobre éste. Habitar, como seres completos (cuerpo y mente) produce la incorporación de lo social (habitus), la cognición y la corporeidad. Las personas conocen y experimentan el mundo al habitar en él y a partir de su inserción en una red de relaciones históricamente constituidas que incluyen otros sujetos, artefactos, lugares, instituciones, significados, acervos de conocimiento acumulado y una historia que los precede.

Estudiando el paisaje en arqueología

¿Cómo deberían estudiarse arqueológicamente los paisajes pasados? ¿Cuáles son los principios y acercamientos que debe desarrollar la arqueología interesada por la vida social en el pasado? Hay ciertos pasos fundamentales para desarrollar la arqueología del paisaje que se propone en estas páginas y que se conectan con las perspectivas sociales, dialécticas y no cartesianas sobre el espacio social.

En primer lugar, debemos tener en claro que cualquier forma espacial, ya sea un paisaje, un lugar determinado o un edificio particular, es histórica y culturalmente contingente, por lo que en cada caso deberíamos explorar su naturaleza y no asumirla de antemano. No debemos suponer que los mismos paisajes, lugares o edificaciones que surgen con la modernidad y el capitalismo existieron también en otros contextos socio-históricos y culturales o que, de haber existido, tuvieron la misma naturaleza que en el presente. Este ha sido un error muy común en la arqueología, especialmente de las arqueologías positivistas que en su afán por buscar explicaciones transculturales del proceso social han tendido a llevar el presente al pasado.

Pongamos como ejemplo el caso del espacio doméstico. La casa de la modernidad es producto de transformaciones sociales y materiales específicas que operaron sobre el espacio doméstico para convertirlo en el lugar de la familia nuclear y no de familia extensa, un ámbito diferenciado de aquel del trabajo y de la producción de bienes, un ambiente privado separado del espacio público, un espacio racionalmente organizado y funcionalmente compartimentado para ser una "maquina de vivir" que siguiese el modelo funcio-

nal de la fábrica moderna, tal como proponía el arquitecto modernista Le Corbusier, y que sirviese para construir sujetos dóciles, productivos y racionales (Ewen 1991). Luego, y más intensamente en la modernidad tardía, la casa se ha transformado en un espacio de consumo, confort, diseño e inversión estética (Clarke 2001; Featherstone 1991; Taylor 1999). Ya no se trata tanto de vivir funcionalmente sino de hacerlo estéticamente. Por supuesto que estas no son las características que tienen los espacios domésticos en otras sociedades y contextos culturales (Carsten y Hugh-Jones 1995; Joyce y Gilliespie 2000), tal como en el mundo indígena andino, donde el espacio doméstico es la vivienda de la familia extensa e incluye la presencia de los muertos, en las casa largas iroquesas del noreste de América del Norte, donde el espacio no se encontraba funcionalmente compartimentado, o en las casa-talleres medievales, donde la casa era lugar de vivienda y producción.

En segundo lugar, debemos realmente considerar a las formas espaciales como activas, estudiando el modo en que éstas producen y reproducen (y/o restringen) acciones, interacciones y sentidos. Pero no es suficiente con repetir de manera axiomática que el espacio es activo, lo que se tiene que hacer es demostrar de qué manera lo es en cada caso estudiado y qué tipo de acciones, prácticas y relaciones sociales eran habilitadas por las espacialidades pasadas y cuáles otras eran clausuradas. Esto es lo que hemos intentado hacer en nuestro proyecto de investigación en el valle Calchaquí al examinar el paisaje inkaico en la región y el diseño espacial de sitios indígenas del Período Intermedio Tardío (1000 – 1450 d.C.). Al estudiar y analizar la distribución espacial de los sitios en el territorio, el tipo de edificaciones construidas en cada sitio, la organización de las estructuras dentro de los asentamientos y la manera en que los edificios estaban articulados por puertas y senderos, buscamos entender no sólo las interacciones que se desarrollaron en estos lugares sino también los mensajes e ideologías que el ambiente construido emitía (véase Acuto 1999b, 2008; Acuto et al. 2011a; Acuto y Gifford 2007).

Tercero, debido a que el espacio social es un espacio cargado de significados, nuestra tarea debería ser también explorar las historias, narrativas, memorias e ideologías presentes en los paisajes, tanto a niveles macro como a niveles menores y más íntimos. Por supuesto que hay ciertos significados o capas narrativas que son muy difíciles de acceder arqueológicamente, pero existen otros que podemos llegar a conocer si abordamos el pasado desde la perspectiva del paisaje y desde el punto de vista de los sujetos y sus relaciones sociales. Cada lugar, cada objeto, cada orden material y cada práctica espacial tienen significados específicos que se construyen en articulación, y a veces en contraposición, con los sentidos que tienen otros lugares en el paisaje, otros órdenes materiales y otras prácticas espaciales. Así, para poder explorar estos significados debemos reconstruir la trama material del paisaje pasado reconectando o reenhebrando los objetos con los lugares, y ambos con las prácticas sociales, relaciones intersubjetivas y experiencias con las que objetos y espacios estaban entrelazados, examinado también las articulaciones que no se dieron o no tuvieron lugar (Acuto et al. 2011a). Pongamos como ejemplo a la práctica mortuoria. Al decidir dónde enterrar a los muertos y ubicar a las tumbas, las sociedades simultáneamente cargaban de significados a lugares específicos del paisajes y semantizaban a la muerte y a los muertos con sentidos que se construían a partir de la articulación de las tumbas con el lugar, los objetos y cosas presentes en estos lugares y las prácticas y relaciones sociales que allí se desarrollaban. En nuestros estudios sobre el Período Intermedio Tardío del valle Calchaquí hemos establecido que las tumbas eran ubicadas ya sea inmediatamente adyacente a los sitios residenciales, o dentro de

los asentamientos y en conexión con los espacios domésticos. Hasta el momento hemos comprobado que los muertos nunca fueron enterrados en otras localidades, como ser los campos de cultivo, los sitios de pastoreo, los sitios de arte rupestre o en localidades especiales, tal como apachetas o rasgos significativos y particulares dentro del paisaje andino (como los altos cerros nevados, volcanes, las intersecciones entre ríos, u otros rasgos topográficos que por forma o color son únicos en el paisaje natural). Vale aclarar que en la cultura andina este tipo de lugares suelen ser considerados santuarios, espacios sagrados o materializaciones de ancestros. De esta manera, no sólo la muerte y los difuntos contribuían en la construcción del sentido de lugar de los asentamientos residenciales Intermedio Tardíos, sino que al mismo tiempo la muerte y los difuntos eran (materialmente) semantizados con los significados asociados con la vida cotidiana. Mientras que en el caso de los adultos las tumbas tenían la misma arquitectura que las casas y en ellas la mayoría de los objetos depositado como ofrendas eran artefactos empleados en la vida cotidiana (Acuto et al. 2011b), la materialidad y espacialización del entierro de infantes estaba estrechamente articulada con las actividades culinarias diarias (Amuedo 2010).

El paisaje de grupos cazadores-recolectores también está cargado de sentido. Es común encontrar en estos paisajes talleres de producción de artefactos de piedra donde el registro muestra una acumulación de núcleos, lascas de todo tipo y artefactos formatizados o en proceso de producción, entre otros. Estas acumulaciones se suelen generar por la recurrencia en el uso de estas localidades. A lo largo de un período de tiempo, las personas parecen haber optado por volver, una y otra vez, a estas localidades. Así como estos lugares son visualizados por los arqueólogos en el presente, también lo eran por los habitantes pasados. La presencia de estos lugares especiales cargaba de significado al paisaje. Los objetos de piedra acumulados eran disparadores de memorias para aquellos que circulaban por el lugar o retornaban a él. El encuentro con estos objetos de piedra traía al presente recuerdos de un tiempo pasado; recuerdos sobre eventos vividos por aquellos que los volvían a ver o recuerdos de otras personas que pasaron por allí. Algo que al parecer es tan común en la cultura material de los cazadores-recolectores como los instrumentos líticos, eran mucho más que herramientas utilitarias, sino que eran también conectores espacio-temporales entre personas y memorias. En algunos casos, es posible que la decisión de volver a estos lugares pudo haber tenido que ver con una búsqueda por construir historia y memorias, conectarse con una tradición, más que por utilidad funcional.

Por último, la arqueología del paisaje es necesariamente una arqueología subjetiva ya que explora las espacialidades pasadas desde la escala humana; desde las prácticas, experiencias y relaciones sociales de aquellos que están o estuvieron presentes en estos paisajes. Por lo tanto, propongo en este trabajo que en lugar de haber múltiples arqueologías del paisaje con diversas perspectivas teóricas, conceptos y métodos contradictorios entre sí (lo que hace que paisaje termine convirtiéndose en un concepto demasiado maleable y, consecuentemente, poco explicativo), la arqueología del paisaje debería renfocarse en su genealogía teórico-epistemológica y comenzar a explorar subjetividades variadas. En otras palabras, en lugar de tener múltiples perspectivas sobre el paisaje deberíamos tener múltiples subjetividades entrando en diálogo y produciendo conocimiento sobre los paisajes pasados. ¿Cuáles son estas subjetividades?

Una combinación de cartesianismo, positivismo, funcionalismo y objetivismo hizo que la arqueología, por mucho tiempo, se aproximase al paisaje desde la posición de un observador externo que analizaba el mundo a “vuelo de pájaro”. Los estudios de patrón

de asentamiento, sistema de asentamiento y los análisis espaciales positivistas crearon la ilusión de que el paisaje podía ser objetivado y su estructura aprehendida si este era abordado desde una perspectiva cartográfica externa y a través de una escala bidimensional mayor que la escala humana. El paisaje se convirtió así en un espacio cartesiano: el espacio de las matemáticas y la geometría, donde el foco estaba puesto especialmente en las formas, las medidas y la descripción de posiciones en un plano; un espacio desprovisto de significados, emociones o identidad, por no estar humanizado (Thomas 2001). Las espacialidades fueron así comprendidas y teorizadas por su apariencia objetiva, y la organización espacial de la sociedad fue representada como una organización natural, mecánica y orgánica. En este espacio de la cartografía, de los mapas y planos, uno puede encontrar líneas que representan límites, puntos que representan lugares, medidas y distancias, pero no se ven los orígenes conflictivos de la espacialidad y su problemática producción y reproducción. Esta geografía cartesiana fue desprovista de personas, significados, conflicto, poder o emociones, convirtiéndose el paisaje en un espacio limpio y ascético. En estas arqueologías el espacio ha sido visto como el medio ambiente contenedor de las sociedades (funcionalmente explotado por éstas), o como el reflejo de estadios de evolución social en donde cada tipo de sociedad tenía un patrón de asentamiento que le era propio. No se tuvo en cuenta que las relaciones espaciales están significativa, social, cultural y políticamente constituidas.

Como está estipulado más arriba, los paisajes, y los procesos históricos, sociales y políticos que tienen lugar en los mismos, son vividos por las personas a partir de su inmersión somática y cognitiva en el mundo. Las personas están siempre embebidas en el mundo y son impresas por las características de este mundo que habitan. Es verdad que la mente humana (analítica, creativa e imaginativa) tiene poder de abstracción, pero esto no nos saca del mundo y de la influencia social, cultural, semántica y material que éste ejerce sobre nuestros cuerpos y mentes.

La arqueología del paisaje no investiga y crea espacios cartesianos sino que aborda el paisaje desde el punto de vista de las personas que lo construyeron y lo habitaron; desde sus prácticas, relaciones sociales y experiencias. Como dice Julian Thomas, otro entendimiento del paisaje es posible basado en la manera relacional e imbricada en que las personas se conducen en el mundo (Thomas 2001:172). Se plantea así la necesidad de pensar el pasado incluyendo a individuos actuando, moviéndose en el paisaje, interactuando con otros individuos y con la materialidad y espacialidad en la que están insertos, y empleando todos sus sentidos. Se intenta así repoblar el pasado para generar narrativas arqueológicas que no partan de una mirada externa y a "vuelo de pájaro". Si realmente se aborda el paisaje desde la escala subjetiva y se considera que la materialidad y espacialidad activamente dan forma a las relaciones sociales, prácticas, identidades y cosmovisiones, entonces alcanzaremos interpretaciones sobre la vida social en el pasado muy distintas de aquellas que abordan al objeto social desprovisto de los sujetos.

Hace ya algo más de una década que Ian Hodder (1999) dijo que la interpretación en arqueología comenzaba en la punta del cucharín. Hodder reclamaba así que el proceso interpretativo se inicia en el campo mismo, y bajo la influencia e inspiración que nos produce estar en el campo, por lo cual no se debería esperar a estar frente a bases de datos y a la pantalla de una computadora para empezar a producir conocimiento sobre el pasado. La producción de conocimiento en arqueología se ha dado por lo general en etapas lineales y sucesivas (diseño de investigación, recolección de datos en el campo, estudio de laboratorio del material arqueológico recolectado, análisis de la información

obtenida, elaboración de explicaciones y reflexión teórica). En este esquema, el trabajo de campo fue limitado a la instancia de aplicación de métodos, a la realización de actividades de exploración del registro arqueológico previamente diseñadas y a la recolección de información. En este esquema, la interpretación del pasado fue separada del trabajo de campo. Además, éste no fue considerado un contexto propicio para la reflexión y construcción de teoría en arqueología. En este trabajo propongo incorporar y hacer explícita la experiencia subjetiva de los arqueólogos en el terreno como instancia de producción de teoría espacial e interpretación de los paisajes pasado.

Nuestra inserción en el campo nos coloca en una posición intelectual y somática que nos facilita la reflexión acerca de la experiencia en el paisaje cuyo habitar pasado estamos intentando estudiar. Esta reflexión sobre el pasado es muy distinta a la que podemos realizar en el laboratorio frente a información espacial bidimensional, tal como mapas, planos o fotografías. En este punto, es importante hacer algunas aclaraciones. Primero, no estoy planteando abandonar el análisis de la información espacial en el laboratorio y el uso de planos, mapas u otras formas de análisis y representación espacial como el SIG. Lo que busco en este artículo es rescatar nuestro estar en el campo como instancia de producción de conocimiento. En realidad, se podría decir que el proceso de reflexión e interpretación en el campo es algo que siempre sucede pero que ha sido desacreditado como conocimiento objetivo sobre el pasado. En general, las ideas e interpretaciones surgidas en el campo han quedado en el plano de lo anecdótico y prácticamente nunca fueron incorporadas como fuente de información sobre el pasado. Segundo, tampoco propongo una especie de empatía mental y corporal entre los pobladores del pasado y nosotros los arqueólogos. Existe una distancia cultural, social y temporal entre ellos y nosotros, y en muchos casos una distancia ecológica entre el paisaje presente y el pasado, imposible de superar. Sin embargo, nuestro estar en el campo, donde nuestros cuerpos y sentidos están influidos directamente por la materialidad del terreno (las distancias, las vistas, las luces y sombras, las rocas, los ríos que hay que cruzar, la rugosidad de la geografía, etc.), circunstancias que obviamente no tiene lugar cuando regresamos a nuestras oficinas y analizamos la información recolectada, constituye una fuente de información y un disparador de reflexiones e interpretaciones del pasado que no debería ser rechazado. No se pretende que nuestro estar allí sea igual al de aquellos que habitaron el paisaje en el pasado, sino que se constituya como una instancia de reflexión desde la escala humana (la nuestra) acerca de la manera en que la fisicalidad natural y cultural (la de los restos arqueológicos presentes) del paisaje daba forma a las experiencias subjetivas e interrelaciones de sus moradores pasados. El desafío es crear formas de registro de estas reflexiones en el campo para evitar que éstas queden en el plano anecdótico y se terminen perdiendo.

Por último, la tercera subjetividad que propongo incorporar en el estudio del paisaje en arqueología es la de los habitantes actuales de la región que estudiamos. Ya sea por continuidad cultural, por el conocimiento y sentido práctico que da el habitar en el lugar, o por ambas, los pobladores locales poseen un conocimiento sobre el paisaje, tanto sobre su topografía y ecología como sobre la manera tradicional en que se mora en el mismo, que no tenemos los arqueólogos, quienes en general habitamos en ciudades modernas. Nuestra subjetividad, moderna y urbana nos lleva a no percibir aspectos básicos del habitar en el paisaje bajo estudio, aspectos que, por otra parte, están dados por sentado para sus pobladores. Es mucho lo que podemos aprender acerca del habitar en el paisaje a partir del conocimiento vernáculo. Unos ejemplos servirán para graficar esto.

Probablemente nadie sepa circular mejor por una región que sus habitantes locales. Ellos saben cuáles son los atajos, por dónde se cruza mejor un río, cuáles zonas suelen estar anegadas, qué senderos conectan regiones o conducen a recursos determinados. Los habitantes nativos utilizan toda la región para circular, mientras que nosotros tenemos la tendencia de andar por las rutas formales, por las líneas rectas en lugar de por los atajos.

Si como arqueólogos apuntamos a estudiar los sistemas agrícolas prehispánicos, para muchos de nosotros este es un mundo de tecnologías, conocimiento y decisiones prácticas totalmente desconocido. Muchos de nosotros posiblemente nunca hayamos tenido que preparar un campo para su cultivo, construir un sistema de canales de riego, administrar el agua para el riego, seleccionar los cultivos, conocer su temporalidad, entre muchas otras tareas. Sin dudas, para aprender sobre el paisaje agrícola tendríamos que recurrir a aquellos que saben sobre el tema y explorar su conocimiento. Pero no deberíamos esperar que éste sea simplemente un conocimiento intelectual verbalizado. Es también un conocimiento corporal y sensorial con aspectos que no pueden ser puestos en palabras y basado en ontologías que reconocen otras agencias que actúan sobre el paisaje y sobre la gente que nosotros no vamos a ser capaces de reconocer en primera instancia pero sobre las cuales deberemos estar dispuestos a dar crédito de su existencia.

La subjetividad y voz local, por el conocimiento tradicional (a veces compartido con los habitantes pasados) y el conocimiento práctico que posee, puede contribuir grandemente con el entendimiento del habitar en el paisaje que no deberíamos dejar de lado y que enriquecería nuestras narrativas arqueológicas. El desafío vuelve a ser cómo explorar este conocimiento. Deberíamos por lo tanto redefinir la etnoarqueología para que deje de que ser simplemente un productora de cautionary tales sobre el registro arqueológico para comenzar a desarrollar una etnoarqueología de la experiencia y del habitar que contribuya con nuestras interpretaciones del pasado y con la reflexión teórica sobre el paisaje en arqueología.

Conclusiones

La arqueología del paisaje necesita ser reflexiva y crítica en lo teórico y en lo epistemológico. En lo que respecta a lo teórico hay dos aspectos que deberíamos tener en cuenta. En primer lugar, respetar la genealogía teórica de la cual se deriva la arqueología del paisaje. La perspectiva del paisaje no es igual a la de patrón de asentamiento o a la de uso del espacio, y la manera en que explora las formas espaciales pasadas es diferente a la de los análisis espaciales formales en arqueología. Hacer arqueología del paisaje no es hacer un análisis funcionalista y cartesiano del espacio. Hay distintas maneras de desarrollar el estudio de las espacialidades pasadas y la arqueología del paisaje tiene una propuesta concreta con axiomas específicos que deberíamos respetar. En segundo lugar, no deberíamos asumir de antemano la naturaleza y el contenido de las formas espaciales pasadas, y mucho menos suponer que éstas tenían características similares a las formas espaciales de la modernidad occidental. Debemos evitar llevar el presente al pasado. Muchas de las sociedades que estudiamos como arqueólogos son producto de trayectorias socio-históricas distintas y, por lo tanto, producían paisajes de diferente naturaleza.

En el aspecto epistemológico, la arqueología del paisaje, como la arqueología en general, necesita repensarse y reconstruirse. Producir conocimiento sobre el pasado es una empresa sumamente difícil, por lo que no deberíamos cerrar la puerta a fuentes de

conocimiento alternativas y sólo quedarnos con el conocimiento producido a través de los métodos arqueológicos tradicionales y la información provista por el registro arqueológico. En este sentido, en este trabajo he propuesto estudiar los paisajes pasados, e informar nuestras interpretaciones, desde el análisis y el conocimiento que generan tres subjetividades: 1) la de los agentes pasados: abordando el registro arqueológico desde la escala humana y sus acciones, interacciones y experiencias; 2) la de los arqueólogos en el campo: habilitando el campo como instancia de reflexión e interpretación sobre los paisajes pasados; 3) la de los pobladores locales y el conocimiento práctico que da el habitar en los paisajes que buscamos estudiar.

Bibliografía

ACUTO, F.A. 1999a. Paisajes cambiantes: La dominación Inka en el valle Calchaquí Norte (Argentina). Revista do Museu de Arqueología e Etnologia 3:143-157.

ACUTO, F.A. 1999b. Paisaje y dominación: La constitución del espacio social en el Imperio Inka. En Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea, editado por A. Zarankin y F.A. Acuto, pp. 33-75. Ediciones Del Tridente, Buenos Aires.

ACUTO, F.A. 2008. Materialidad, espacialidad y vida social. Reinterpretando el Período Prehispánico Tardío de los Andes del Sur. En Sed Non Satiata II. Acercamientos sociales en la arqueología latinoamericana, editado por F.A. Acuto y A. Zarankin, pp. 159-193. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.

ACUTO, F.A. y C. GIFFORD. 2007. Lugar, arquitectura y narrativas de poder: Experiencia y percepción en los centros Inkas de los Andes del Sur. Arqueología Suramericana 3(2):135-161.

ACUTO, F.A., E. GILARDENGHI y M. SMITH. 2011a. Rehenebrando el pasado. Hacia una epistemología de la materialidad. Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino 16(2):9-26.

ACUTO, F.A.; M. KERGARAVAT y C. AMUEDO. 2011b. Experiencia de la muerte y la representación de las personas en las prácticas funerarias del valle Calchaquí Norte. Comechingonia, Revista de Antropología 14:23-54.

AGNEW, J. 1999. The new geographies of power. En Human Geography Today, editado por D. Massey, J. Allen y P. Sarre, pp. 173-193. Polity Press, Oxford.

AGNEW, J. y J. DUNCAN. 1989. Introduction. En The Power of place, editado por J. Agnew y J. Duncan, pp. 1-8. Unwin Hyman, Boston.

ALLEN, J. 1999. Spatial assemblages of power: from domination to empowerment. En Human Geography Today, editado por D. Massey, J. Allen y P. Sarre, pp. 194-218. Polity Press, Oxford.

AMUEDO, C. 2010. La muerte de niños y su tejido de materialidad. Prácticas, representaciones y categorías construidas en las tumbas de infantes en vasijas, Período Tardío (900-1470 DC), Valle Calchaquí Norte. Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

AUGÉ, M. 2000. Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Gedisa Editorial, Barcelona.

BARNES, T. y D. GREGORY. 1997. Place and landscape. En Reading Human Geography, editado por T. Barnes y D. Gregory, pp. 292-298. Arnould Ed., Londres.

BAUDRILLARD, J. 1994. Simulacra and simulation. The University of Michigan Press,

Ann Arbor.
BENDER, B. 1993. Introduction: landscape – meaning and action. En Landscapes: Politics and Perspectives, editado por B. Bender, pp. 1-17. Berg Publishers Ltd., Oxford.
BENDER, B. y M. WINER (eds.). 2001. Contested Landscapes. Movement, exile and place. Berg, Oxford.
BENJAMIN, W. 2005. El libro de los pasajes. Akal, Madrid.
BOURDIEU, P. 1973. The Berber house. En Rules and Meanings, editado por M. Douglas, pp. 98-110. Penguin Books, Hammondsworth.
BOURDIEU, P. 1999. Meditaciones pascalianas. Editorial Anagrama, Barcelona.
CALDEIRA, T. 1999. Fortified enclaves: the new urban segregation. En Theorizing the city: the new urban anthropology reader, editado por S. Low, pp. 83-107. Rutgers University Press, New Brunswick – New Jersey – Londres.
CARSTEN, J. y S. Hugh-Jones (eds.). 1995. About the house. Cambridge University Press, Cambridge.
CLARKE, A.J. 2001. The aesthetics of social aspiration. En Home possessions: material culture behind closed doors, editado por D. Miller, pp. 23-45. Berg, Oxford, UK & New York, NY, USA.
COSGROVE, D. 1984. Social formation and symbolic landscape. Croom Helm, Londres & Sydney.
COSGROVE, D. 1997. Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea. En Reading human geography, editado por Barnes, T. y D. Gregory, pp.324-42. Arnould Ed., Londres.
COSGROVE, D. 2006. Modernity, community and the landscape idea. Journal of Material Culture 11(1/2):49-66.
COSGROVE, D. y S. DANIELS (eds.). 1988. The Iconography of landscape. Cambridge University Press, Cambridge.
CRIADO BOADO, F. 1991. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. Boletín de Antropología Americana 24:5-29.
DANIELS, S. 1989. Marxism, culture, and the duplicity of landscape. En New models in geography: the political economy perspective, Volume II, editado por R. Peet y N. Thrift, pp. 196-220. Unwin Hyman, Londres.
DAVIS, M. 1992. Fortress Los Angeles: the militarization of urban space. En Variation on a theme park: the new American city and the end of public space, editado por M. Sorkin, pp. 154-80. Hill & Wang, New York.
DEAR, M.J. 1997. Postmodern bloodlines. En Space and Social Theory, editado por G. Benko y U. Strohmayer, pp. 49-71. Blackwell, Oxford.
DE CERTEAU, M. 2000. La invención de lo cotidiano. Volúmen I. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México, D.F.
DUNCAN, J. y N. DUNCAN. 1988. (Re)reading the landscape. Environment and Planning D: Society and Space 6:117-126.
EDHOLM, F. 1993. The view from below: Paris in the 1880s. En Landscapes: politics and perspectives, editado por Barbara Bender, pp. 139-168. Berg Publishers Ltd., Oxford.
ENTRIKIN, N.J. 1991. The betweenness of place. Towards a geography of modernity. Macmillan, Londres.
EWEN, S. 1991. Todas las imágenes del cpnsumismo. Editorial Grijalbo, México.

FEATHERSTONE, M. 1991. Cultura de consumo y posmodernismo. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

FELD, S. y K. Basso. 1996. Introduction. En Senses of place, editado por S. Feld y K. Basso, pp. 3-12. School of American Research Press, Santa Fe.

FOUCAULT, M. 1976. Vigilar y castigar. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

FOUCAULT, M. 2000. Power. New Press, New York.

GELL, A. 1995. The language of the forest: landscape and phonological iconism in Umeda. En The Anthropology of landscape. Perspectives on place and space, editado por E. Hirsch y M. O'Hanlon, pp. 232-254. Clarendon Press, Oxford.

GIDDENS, A. 1995. La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

GOTTDIENER, M. 1995. Postmodern semiotics: material culture and the forms of postmodern life. Blackwell, Oxford.

GREGORY, D. 1989. Presences and absences: time-space relations and structuration theory. En Social theory of modern societies. Anthony Giddens and his critics, editado por D. Held y J.B. Thompson, pp. 185-214. Cambridge University Press, Cambridge.

GREGORY, D. 1994. Geographical imaginations. Blackwell, Cambridge MA & Oxford UK.

GREGORY, D. y J. URRY (eds.). 1985. Social relations and spatial structures. MacMillan, Londres.

GROTH, P. 1997. Frameworks for cultural landscape study. En Understanding ordinary landscapes, editado por P. Groth y T. Bressi, pp. 1-21. Yale University Press, New Haven & Londres.

HALL, E. 1959. The silent language. Doubleday, Garden City.

HALL, E. 1966. The hidden dimension. Doubleday, New York.

HALL, E. 2007. Proxemics. En The anthropology of space and place, editado por S. Low y D. Laurence-Zúñiga, pp. 51-72. Blackwell Publishing, Malden, USA, Oxford, UK and Carlton, Australia.

HARVEY, D. 1985. Studies in the history and theory of capitalist urbanization. Consciousness and the urban experience. Vol. I. Basil Blackwell, Oxford.

HARVEY, D. 1998. La condición de la postmodernidad. Editorial Amorrortu, Buenos Aires.

HARVEY, D. 2000. Spaces of hope. University of California Press, Berkeley & Los Angeles.

HARVEY, D. 2008. Paris, capital de la modernidad. Akal Ediciones, Madrid.

HAYDEN, D. 1997. Urban landscape history: the sense of place and the politics of space. En Understanding ordinary landscapes, editado por P. Groth y T. Bressi, pp. 111-133. Yale University Press, New Haven and London.

HEIDEGGER, M. 1951. El ser y el tiempo. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

HODDER, I. 1984. Burials, houses, women and men in the European Neolithic. En Ideology, power and prehistory, editado por D. Miller y C. Tilley, pp. 51-68. Cambridge University Press, Cambridge.

HODDER, I. 1999. The archaeological process. Blackwell Publishers, Oxford.

INGOLD, T. 1993. The temporality of landscape. World Archaeology 25:152-74.

INGOLD, T. 1997. The picture is not the terrain. Maps, paintings and the dwelt-in world. Archaeological Dialogues 4(1):29-31.

INGOLD, T. 2000. The perception of environment. Essays on livelihood, dwelling andsSkill. Routledge, London & New York.

JOYCE, R. y S. GILLESPIE (eds.). 2000. Beyond kinship. Social and material reproduction in house societies. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
JUDD, D. y S. FAINSTEIN (eds.). 1999. The tourist city. Yale University Press, New Haven and Londres.
KING, A. 1979. Colonial urban development: culture, social power and environment. Routledge & Paul Keagan, Londres.
KING, A. 1984. The social production of building form: theory and research. Environment and Planning D: Society and Space 2:429-46.
KING, A. 1987. Cultural production and reproduction: the political economy of societies and their built environment. En Ethnoscapes, editado por D. Canter, M. Krampen y D. Stea. Gower, Hampshire.
LASH, S. y J. URRY. 1994. Economies of signs and spaces. Sage, Beverly Hills, CA.
LEFEBVRE, H. 1974. La production de l'espace. Anthropos, París.
LEONE, M.P. 1984. Interpreting ideology in historical archaeology: The William Paca garden in Annapolis, Maryland. En Ideology, power and prehistory, editado por D. Miller y C. Tilley, pp. 25-36. Cambridge University Press, Cambridge.
MASSEY, D. 1994. Space, place and gender. University of Minnesota Press, Minneapolis.
MCGUIRE, R.H. 1991. Building power in the cultural landscape of Broome County, New York 1880 to 1940. En The archaeology of inequality, editado por R.H. McGuire y R. Paynter, pp. 102-124. Blackwell, Oxford.
MERLEAU-PONTY, M. 1975. Fenomenología de la percepción. Península, Barcelona.
MITCHELL, T. 1989. The world as exhibition. Comparative Studies in Society and History 31(2):217-236.
MOOS, A.I y M.J. DEAR. 1986. Structuration theory in urban analysis: 1. Theoretical exegesis. Environment and Planning A 18(2):231-252.
MROZOWSKI, S. 1991. Landscapes of inequality. En The archaeology of inequality, editado por R.H. McGuire y R. Paynter, pp. 79-101. Blackwell, Oxford.
OLLMAN, B. 1993. Dialectical investigation. Routledge, New York & Londres.
PEET, R. y N. THRIFT. 1989. Political economy and human geography. En New Models in geography: the political economy perspective, Volume II, editado por R. Peet y N. Thrift, pp. 3-29. Unwin Hyman, Londres.
PILE, St. y M. KEITH (eds.). 1997. Geographies of resistance. Routledge, Londres & New York.
POTTEIGER, M. y J. PURINTON. 1998. Landscape sarratives. John Wiley & Sons, Inc, New York.
PRED, A. 1984. Place as historically contingent process: structuration and the time-geography of becoming places. Annals of the Association of American Geographers 74(2):279-297.
RABINOW, P. 1989. French modern: norms and forms of the social environment. MIT Press, Cambridge, MA.
RABINOW, P. 2003. Ordennance, discipline, regulation: some reflections on urbanism. En The anthropology of space and place: locating culture, editado por S. Low y D. Lawrence-Zuñiga, pp. 353-362. Blackwell Publishers, Malden MA.
RELPH, E. 1976. Place and placelessness. Pion, Londres.
RITZER, G. 1993. The McDonalization of society. Sage, Londres.
RITZER, G. (ed.). 2002. McDonalization. The reader. Pine Forge Press, Thousand Oaks.
RODMAN, M.C. 1992. Empowering place: multilocality and multivocality. American An-

thropologist 94(3):640-665.
ROSE, G. 1995. Place and identity: a sense of place. En A Place in the world, editado por D. Massey y P. Jess, pp. 87-132. The Open University, Oxford.
ROSE, G. 1997. Looking at landscape: the uneasy pleasures of power. En Reading human geography, editado por T. Barnes y D. Gregory, pp. 342-354. Arnould Ed., Londres.
ROSE, G. 1999. Performing space. En Human geography today, editado por D. Massey, J. Allen y P. Sarre, pp. 247-259. Polity Press, Oxford.
SAID, E. 1993. Culture and imperialism. Knopf, New York.
SEAMON, D. y R. MUGERAVER (eds.). 1985. Dwelling, place and environment. Towards a phenomenology of person and world. Columbia University Press, New York.
SHIELDS, R. 1997. Spatial stress and resistance: social meanings of spatialization. En Space and social theory, editado por G. Benko y U. Strohmayer, pp. 186-202. Blackwell, Oxford.
SOJA, E. 1985. The spatiality of social life: towards a transformative retheorization. En Social relations and spatial structures, editado por D. Gregory y J. Urry, pp. 90-127. MacMillan, Londres.
SOJA, E. 1989. Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory. Verso, London and New York.
SOJA, E. 1996. Thirdspace: journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places. Blackwell Publishers, Londres.
SORKIN, M. (ed.). 1992. Variation on a theme park: the new American city and the end of public space. Hill and Wang, New York.
TAYLOR, P.J. 1999. Modernities: a geographical interpretation. University of Minnesota Press, Minneapolis.
THOMAS, J. 1993. The politics of vision and the archaeologies of landscape. En Landscapes: politics and perspectives, editado por B. Bender, pp. 19-48. Berg Publishers Ltd., Oxford.
THOMAS, J. 1996. Time, culture, and identity. Routledge, Londres.
THOMAS, J. 2001. Archaeologies of place and landscapes. En Archaeological theory today, editado por I. Hodder, pp. 165-186. Polity Press, Cambridge.
THOMAS, N. 1994. Colonialism's culture. Anthropology, travel and government. Princeton University Press, Princeton, NJ.
THOMPSON, E.P. 1963. The making of the English working class. Gollancz, Londres.
THOMPSON, E.P. 1967. Time, work-discipline and industrial capitalism. Past and Present 38:56-97.
THRIFT, N. 1996. Spatial Formations. Sage Publications, London – Thousand Oaks – New Delhi.
TILLEY, C. 1993. Art, architecture, landscape [Neolithic Sweden]. En Landscape: politics and perspectives, editado por B. Bender, pp. 49-84. Berg, Oxford.
TILLEY, C. 1994. A phenomenology of landscape. Berg, Oxford.
TILLEY, C. 2008. Phenomenological approaches to landscape archaeology. En Handbook of landscape archaeology, editado por B. David y J. Thomas, pp. 271-276. Left Coast Press. Walnut Creek, CA.
TUAN, Y.-F. 1974. Topophilia: a study of environmental perception, attitudes, and values. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, NJ.
TUAN, Y.-F. 1977. Space and place: the perspective of experience. Edward Arnold (Publishers) Ltd, Londres.

WARNIER, J.-P. 2001. A praxeological approach to subjectivation in a material world. Journal of Material Culture 6(1):5-24.

WRIGHT, G. 1997. Tradition in the service of modernity: architecture and urbanism in French colonial policy, 1900-1930. En Tensions of empire. Colonial cultures in a bourgeois world, editado por F. Cooper y A. Stoler, pp. 322-345. University of California Press, Berkeley.

ZUKIN, S. 1991. Landscapes of power. University of California Press, Berkeley.